

de la sociología, frente a la que “toda proyección sentimental de nuestro yo en la obra de arte no es, en el fondo, sino una proyección social a través del individuo, porque no podemos proyectar en la obra de arte sino aquellas ideas y sentimientos; aquellos modos de pensar y de estimar que nos han sido inculcados en la sociedad en que vivimos, por la educación, por la simple convivencia en ella, o por fenómenos hereditarios indudables”.

“La proyección de nuestro yo en la obra de arte” es un fenómeno sociomófico tal y como ocurre con la religión; reunidas en el alborar prehistórico de la cultura humana, el totem de piedra proyecta en el alma del hombre primitivo la imagen religiosa, tosca y simbólica, de su “clan”; siglos o milenios después, la estatua de mármol de un dios del Olimpo, proyectaría en el alma del hombre griego los reflejos divinos del genio artístico de su pueblo. En el recinto, en la penumbra de las catedrales góticas, poemas de piedra de artistas anónimos, resonaba, en los cánticos sagrados, en el alma de cada creyente, y se elevaba al cielo, en anhelos de eternidad, el alma colectiva, inquieta y cristiana, del mundo medioeval.

Aún sobre la emoción estética sigue diciendo Guyau que “lo agradable pasa a ser bello en la medida en que encierra más solidaridad y sociabilidad entre todas las partes de nuestro ser y todos los elementos de nuestra conciencia o en cuanto más se convierte ese “nosotros” en un atributo del propio “yo”. Y concluye: “En resumen, la emoción estética que nos producen las obras de arte es el resultado de un complejo de factores dentro de los cuales se perfilan, como fundamentales, la influencia de la sociedad, un elemento personal irreductible y el genio del artista creador”.

Esta conclusión es el punto de partida y el fundamento dialéctico de las 300

páginas que siguen, que se desenvuelven, profundizan y forman el cuerpo de una gran obra, notable contribución a la cultura, que traspone las fronteras de Latinoamérica, para integrarse al patrimonio universal de la sociología contemporánea.

Joaquim Pimenta.
Jornal do Comercio.
Noviembre de 1962.

“Pitirim A. Sorokin in Review”.—The American Sociological Forum.—Editado por Philip J. Allen de la Duke University Press.—Durham, N. C., 1963.—527 pp.

Se trata de un volumen sobria y elegantemente presentado, donde se hace una revisión general de los trabajos y posiciones científicas e ideológicas del ilustre sociólogo de origen ruso, profesor de la Universidad de Harvard, Pitirim A. Sorokin, calificado por varios autores que en orden alfabético son los siguientes: Anderle, Othmar F.; Barber, Bernard; Carlsson, Gösta; Cowell, F. Richard; Ford, Joseph B.; Gini, Corrado; Inkeles, Alex; Mace, David R.; Mendieta y Núñez, Lucio; Merton, Robert K.; Moore, Mary E.; Munshi, Kanailal M.; Riley, Matilda White; Smith, T. Lynn; Timasheff, Nicholas S.; Toynbee, Arnold J.; y, Vexliard, Alexandre. Todos ellos sociólogos eminentes y conocidos; profesores de las Universidades norteamericanas nueve de ellos, dos de las universidades inglesas, y uno de cada uno de los siguientes países: Austria, Suecia, Italia, México, India y Turquía.

Se compone el libro de un prólogo, una introducción del editor y tres partes. En la Primera Parte, Sorokin se refiere a su propia vida desde los primeros años, haciendo un examen general de sus vidas exterior y psíquica, y confesando las crisis que le han atormentado.

tado. Analiza su vida poniéndola en relación con los factores diversos que influyeron en ella, sea local o mundialmente.

En la Segunda parte, Ford examina a Sorokin como filósofo y afirma que él ha reconocido el papel de los valores y significados directamente; que ha llegado a conceptos firmes y consistentes respecto de ellos y ha probado su uso en campos empíricos de amplia variación; que ha empezado a reconocer claramente la relevancia de los problemas filosóficos en cada etapa del análisis científico del concepto de *socius*, como miembro de un grupo, y ha llegado a ese principio a través de inmensas investigaciones y copiosos escritos; que ha explotado su amplísimo conocimiento de las teorías histórico-sociales lo mismo que los estudios empíricos actuales, para demostrar que todavía los senderos son oscuros o confusos y que sus esperanzas de evitar los puntos cruciales, son ilusorias; que como otro cualquiera de los eminentes pensadores anteriores a él, ha buscado prácticas soluciones en la acción, para sus teorías del valor.

En seguida Toynbee examina la filosofía de la historia, de Sorokin; luego Anderle analiza sus pensamientos sobre la morfología cultural.

Carlsson, al entrar a la teoría de la movilidad social, analiza el pensamiento de Sorokin desde un punto de vista general, luego entra a los argumentos históricos y funcionales, para pasar al estudio cuantitativo de la movilidad y encontrar los límites de ella.

Mace examina las teorías del sexo en relación con la sociedad, según el pensamiento del profesor de Harvard.

Vexliard se ocupa de comentar las teorías psicológicas de Sorokin, primero desde el punto de vista general, luego entrando a su pensamiento sobre la estructura de la personalidad, las relaciones entre la personalidad y la sociedad,

las técnicas de la transformación de la personalidad y las críticas que ha hecho a la psicología contemporánea así como las contestaciones que se han dado a esas críticas.

Smith evalúa los principios de Sorokin en cuanto a las sociologías rural y urbana, entrando a su significación para el desarrollo de la Sociología Rural y confirmando la permanente validez de los análisis que Sorokin hace al respecto.

Riley y Moore se ocupan de la forma en que Sorokin ha venido haciendo uso de la cuantificación y medida de los fenómenos sociales, comenzando por los elementos de la medición, la clasificación de los casos de múltiple dimensión, la combinación de dimensiones, el conflicto entre los conceptos y los índices, el conflicto entre los grupos y la acción, la medida de los componentes del significado, los tests de los sistemas sociales, las limitaciones y dificultades de las cuantificaciones que, en Sorokin, no tienen casi sofisticaciones técnicas.

Inkeles se ocupa de un problema de sociología comparativa entre las estructuras sociales de Rusia y Estados Unidos, a pesar de los grandes problemas que el análisis estructural opone a la justa comparación que hace Sorokin. A este respecto, conviene recordar que en el XIX Congreso Internacional de Sociología, celebrado en México en 1960 bajo los auspicios del Instituto Internacional de Sociología, Sorokin presentó un interesantísimo trabajo sobre la mutua convergencia de Rusia y Estados Unidos, desde el punto de vista sociológico. Este trabajo se caracterizó por su precisión y naturalmente disgustó a los norteamericanos, que en ese tiempo no admitían ser comparados siquiera, con Rusia.

Timasheff enjuicia a Sorokin analizando su pensamiento sociológico sobre la ley, la revolución, la guerra y las calamidades sociales en general, donde

Sorokin encuentra importantes uniformidades en los más heterogéneos problemas, haciendo un trabajo solamente comparable con el de George Simmel.

Vienen después interesantísimos capítulos de evaluación de la obra y de la personalidad totales de Sorokin, según Cowell, de Inglaterra; Munshi de India; y Gini, de Italia.

Mendieta y Núñez toma la responsabilidad de examinar las valoraciones que en Latinoamérica se han hecho sobre Sorokin, tomando en consideración la forzosa deficiencia de su estudio, derivada de las barreras que interpone el uso del idioma, a pesar de que muchas de las obras del eminente autor han sido traducidas ya al español por la Universidad Nacional Autónoma de México y de que la *Revista Mexicana de Sociología* ha dado constante atención a los trabajos de Sorokin. Termina diciendo que la dirección idealista de Sorokin, tan debatible como sea, lo ennoblece presentándolo como un gran corazón y una inspirada mente al servicio de la humanidad.

Merton y Barber dedican un extenso capítulo a las formulaciones de Sorokin en la Sociología de la Ciencia. Examinan las perspectivas macro y microsociológicas del conocimiento, pasando después al determinismo cultural y a la relativa autonomía de los subsistemas; luego se ocupan de la investigación empírica y en particular de los índices cuantitativos en la sociología de la ciencia, el relativismo y los criterios de la verdad científica, la acumulación del conocimiento científico y otros temas.

La Tercera Parte es, como la Primera, escrita por Sorokin para contestar a sus críticos, haciendo una nota introductoria después de la cual destaca ciertos aspectos de su filosofía integral, se refiere al conocimiento integral y el sistema de la verdad, a la teoría integral del hombre y del mundo socio-cultural; re-

plica las críticas hechas por Ford y Krishna a su sistema integral del conocimiento, etc. Vuelve a tocar la mayoría de los temas que componen el libro, así como los problemas de la sabiduría y de la sociología cultural, terminando con el reconocimiento a los autores de este volumen, por lo que él llama la *magnánima evaluación* de sus trabajos.

Se termina el libro con una lista de las publicaciones de Sorokin, un índice onomástico y un índice alfabético de los temas tratados.

No podemos concluir esta nota sin hacer recuerdo de que, cuando tuvimos la oportunidad de visitar a Sorokin en la Universidad de Harvard, bondadosamente se nos indicó que nos esperaba en su hogar. En él conocimos a su amabilísima esposa y, visitando la casa después de tomar el café, fuimos a dar al jardín en donde Sorokin atiende personalmente, como distracción predilecta, el cultivo de flores. Eso significa su extraordinaria sencillez, delicadeza y espontaneidad que, unidos a nuestra experiencia personal en su trato, lo eleva a la categoría del sabio, por su humanidad, su generosidad, su vasto conocimiento, su amor a la humanidad y la amplitud de miras en sus realizaciones.

Dr. Héctor Solís Quiroga.

POVIÑA Alfredo: *Nueva Historia de la Sociología Latinoamericana*. Córdoba (R. A.), 1959, pp. 496.

México, a través de Fondo de Cultura Económica, dio a la publicidad, en 1941, la *Historia de la Sociología Latinoamericana* de Alfredo Poviña, uno de los tratadistas de grande y justificado prestigio de nuestro continente. Argentina es, ahora, la que casi dos décadas después de la primera edición, publica esta